

# Los dulces de la ciudad

Por Pedro DURÁN GIL

Fotografías de Katy HORNA

¿Ha escrito alguien una historia del dulce? El tema es tentador y es infinito. Pertenece a la serie de divertimientos instructivos: viajes alrededor de mi cuarto, invención del libro, descubrimiento de la pólvora o el relato de Lamb sobre cómo halló el hombre primitivo que los animales tenían sabor más gustoso si eran asados antes de ingerirse. Más tarde, ¿por qué no?, puede hacerse una geografía, una sociología, un psicoanálisis del dulce. Los tiempos no están para este género de empresas. Baste por ahora decir una o dos cosas no sobre los dulces mexicanos, que sería el cuento de nunca acabar, nada más sobre algunos de ellos, los que pueden adquirirse en la Ciudad de México en estos meses últimos de 1963.

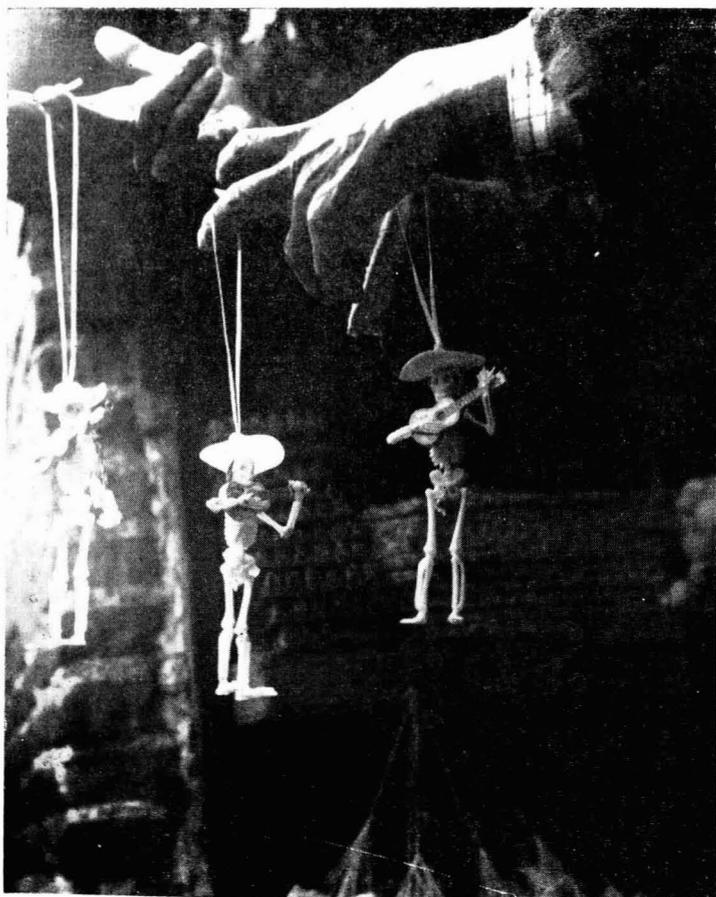
Antes hay que ponerse de acuerdo en la terminología, quizá pedir una arbitraria división entre los dulces y los postres. Para ello no nos ayuda el Diccionario, ni siquiera el de mexicanismos. El dulce, así en general, sería el que se come fuera del horario alimenticio. Existe para nombrarlo una palabra odiosa: golosina. El postre en el nombre lleva la fama; pero los hay que se toman no sólo al final sino también entre comidas: los flanes, la cajeta o dulce de leche — y así nadie se ofende en el Río de la Plata. He aquí un tema para los eruditos, para los académicos; una discusión que hubiera hecho feliz a don Julio Cejador y Frauca: algunos postres son también dulces y en cambio hay dulces que jamás ascienden a postres, salvo casos de degeneración o pobreza extrema. Verbigracia: los caramelos, los chiclosos. Pero en México nadie repara en estas diferencias: dulce, para nosotros, es todo lo que tenga sabor de azúcar: de la miel de abeja al bombón de cereza, de la leche quemada hasta el pastel "Milhojas". Además nadie dice (excepto los pedantes y los meseros): ¿Qué va a tomar de postre?, sino: ¿Qué dulce quieres? Esta discordia no es arbitraria ni quiere responder a leyes inmutables de Perogrullo: los que saben el celo puesto por algunas familias en guardar el secreto de sus postres y su manifiesto desprecio

por el dulce "callejero" (así, de lo más peyorativo, como las prostitutas y los perros) comprenderán a qué responden estas precisiones. Por los años del veinte o el treinta circuló un *slogan* no por obvio menos efectivo: "Los dulces X *endulzan* la vida." Lo cual equivale a reconocer que la existencia es intrasferiblemente amarga, y que las obras del azúcar cumplirían en la infancia el mismo papel que desempeñan en la madurez tediosa y resentida el alcohol, el cigarrillo y aun las píldoras tranquilizantes. Resulta curioso, pero al menos en México es poco frecuente que los adultos consuman, al aire libre y fuera de sus horas, los dulces "callejeros" que se reservan a los niños. O esa segunda niñez: el noviazgo, que como la primera siempre termina mal. A los novios se les permiten ciertas licencias de retorno, comer dulces, subirse a los columpios, andar en bicicleta. Pero si el licenciado Tafetanes, Presidente del Club Masónico y Liberal Ponciano Arriaga, va por la calle comiéndose unas "lágrimas" lo más probable es que le silben. O si al ingeniero Monipodio, tesorero de la Asociación de Comisionistas Anticomunistas, lo ven llegar a su oficina mordisqueando unas "cocadas", se le reirán en sus narices.

De un modo o de otro, nadie supera nunca la etapa oral. Cuando el niño empieza a juzgar los objetos antes de llevarse los a la boca, ha llegado el momento en que le gusten los caramelos y se enfrente con los primeros *No* admonitorios de una vida que después será pródiga en interdicciones. Como todo lo que proporciona un placer, el dulce engendra correlativamente un daño. Para que no se exceda, para que no disfrute, el niño llegará día a día hasta la escuela con una serie de prohibiciones sobre los dulces: "pican" los dientes, y como si no bastara con la caries, empalagan (tristeza de toda saciedad), indigestan, hacen que aumente el peso de aquellos con tendencia. Sobre todo, transmiten enfermedades, contagian; pues los fabrican, expenden, manipulan gentes sucias, pobres, mal-educadas que no se lavan las manos después de dar "el cambio". Además, sólo Dios sabe con qué "materia prima" estarán hechos.

El cuadro corresponde, desde luego, a los niños de "clase media". Los restantes o ni siquiera tienen para un dulce o en definitiva no me importan. Prohibidos, estigmatizados, los dulces se convierten en riesgo, aventura, insumisión, posibilidad de elegir (a veces hasta los merengues con pulque que se ganan con un volado al merengüero) y rechazar (el postrecito "casero" que con su mejor afán madre o abuela han preparado).

Ya bastante tiene uno con la limpieza de lo hecho en casa: el dulce callejero es antihigiénico o no es dulce. En vano los vistosos, saludables, horriblos y despersonalizados "Salvavidas", "Charms" y sus geniales precursores, "Larin" y "Wong", han pugnado por saturar la plaza y vencer en la lucha contra los sucios, riesgosos, fascinantes, magníficos dulces populares. El dulce, hecho en serie, es pese a todo el último individualista. Ganará la batalla contra el invasor y contra las "ideas exóticas" (¿cuánto hizo ganar a su compañía el señor que inventó un hoyito para los Lifesavers?), no se dejará encerrar en celofán, plástico, polietileno, papel de zinc, papel encerado. Ahora las gelatinas y la pulpa de tamarindo vienen (dicen los niños) con su "impermeable". Queda el consuelo de que esa bolsita de plástico que se llevan a la boca para extraer su contenido *también* ha sido manipulada por quién sabe qué dedos y probablemente estará llena de microbios. A propósito, ¿de qué hacen la gelatina?, y ¿de veras será tamarindo? La guerra, al fin y al cabo, es la misma que libran el chicharrón de harina que se vende en canasta y se llena de polvo, contra la bolsita de papas fritas; los "charritos" y "rancheritos" contra las palomitas (vulgo: *pop-corn*); la torta contra el *sandwich*, y la que ya perdieron, ay, la limonada la jamaica, la chía ante las pepsis y cocas que tanto indignaban a Vasconcelos y que salieron de la botica para constituir, andando el tiempo, la pausa que refresca o la "liga" para el ron



La calavera y el sentido paradójico



*Los dulces mexicanos: un arte enamorado de su fin*

o el Madero. Las *colas* han salido intactas de la calumnia (se dijo que provocaban la úlcera gástrica y, puede usted estar tranquilo, ya encontraron al obrero que se cayó dentro del tanque), pero también se fueron de manos de los niños; como, por su lado, los cacahuates y las pepitas que sólo volverán a ver en plan de botana cuando vayan a la cantina o en la fiesta o posada de medio-pelo.

Y tú, manito, ¿te acuerdas de lo que comprabas en la dulcería del colegio o en la puerta, a la salida de clases, o en la miscelánea o tendajón mixto de a la vuelta de tu casa? (que siempre se llamaba "El Esfuerzo", "Lupita", "La Suriana", "Las Quince Letras", antes de que ganaran "El puerto de Gijón", "La Mallorquina", "Oviedo" y más tarde "Aurrerá", "Gigante", etcétera). Has conocido pocas ciudades en el mundo; en ninguna hallaste, como en la tuya, la que te pertenece por derecho, la de tu infancia pavorosamente perdida, un Mercado de Dulces, así con mayúscula, un recinto especial.

El Mercado de Ampudia. En tu casa fue sinónimo de suciedad. Ampudia tuvo para ti algo del pozo negro de Calcuta, del jardín del infierno y acaso el paraíso. Ampudia consonaba con repudia, estudia, preludea: desdén, deber, premonición. A los tres años te dijeron: "Los que dan o hacen dulces odian a los niños", y te contaron de aquellos dos, perdidos en el bosque, comiéndose la casita tras de la cual esperaba la bruja para echarlos al horno.

En Ampudia confluye; desemboca todo el dulce de pobres, el que va a ir después a las "tienditas", los colegios, los camiones. Allí están, en profusión indivisible, los chochos que alinean dentro de una "cerbatana", las grajeas, las pastillas de menta o rellenas de mermelada, miel, cajeta; los chocolates con forma de monedas, patos, pistolas, negros; los que traen dentro "vinito" o yacen sobre una capa de jalea; las paletas de leche quemada o envinada y de sabores; los cacahuates garapiñados; las frutas hechas con pasta de almendra, los pirulíes duros y blandos como las gomitas; las peras de anís, los barriles de

yerbabuena, las cocadas, los coquitos, el acitrón, los jamoncillos, el camote, el calabazate, los chiclosos, las trompadas, los dátiles, los polvorones, el pinole, los cigarros de chocolate, las palanquetas de cacahuete, las culebras y lagartijas de goma, la calabaza en tacha con su cara de máscara... y mil más cuyos nombres ignoras. Tú que en su sabor has encontrado el tiempo, los días en que, por un cinco, comprabas las "sorpresas" para ver qué dulce, soldadito de plomo, canica de barro y figura de tu álbum llevaba dentro ese papel de china.

Con el "gusto" (¿por qué llamarlo vicio?) del cigarro se perderá el amor a los dulces. Entonces comenzará otra serie de prohibiciones y de amenazas: en vez de caries, indigestión, tifoidea, ahora cáncer, enfisema, bronquitis crónica, dispepsia. El hombre se olvidará de los dulces que acompañaron al niño que fue. Tal vez sólo recuerde dos, muy semejantes: las lágrimas, esos peñascos huecos, diminutos, traslúcidos que tienen dentro un misterioso "vinito" indescifrable (lo mejor es creer que se trata de agua de azúcar) y las botellitas que, más rudamente, están hechas de la misma sustancia que las lágrimas.

Así como hay panes, postres y pasteles para toda ocasión solemne (buñuelos, torrejas, tamales de dulce, frutas secas, "orejones" en las Posadas; turrónes y mazapanes en Navidad; rosca de Reyes y tamalitos el 6 de enero; capirotada en la Cuaresma; panqué y gelatinas en la Primera Comunión...), existen dulces para todas las fechas: grajeas y chochitos verdeblanco-y-colorado para las Fiestas Patrias; las famosas calaveras de las que habrá que decir algo aparte; los huevos de Pascua que no encajan en estas notas por ser de importación reciente y sin eso que los críticos llaman "arraigo popular"; y la colación, azúcar duro y relleno de almendra o avellana, que es el dulce por así decirlo típico de fin de año. La colación cae al resquebrajarse, hendida por el garrotazo, la olla de la piñata en las Posadas; brilla en las mesas navideñas donde, por unos días, fingen quererse las gentes que se detestan.



*Jardín abierto a pocos, paraíso cerrado para muchos*

Y existen dulces para comerse en cada sitio. Nada, ni el celofán, le quitará a los muéganos el privilegio de hacer chirriar los dientes en el cine; las "morelianas" durarán mientras Uruchurtu quiera conservar lo que antes se llamaba "Teatro Frívolo". Los algodones de azúcar (que se deshacen en delicia, como diría un poeta francés) ¿no son los dulces "clásicos" de Chapultepec...? Y hablamos sólo de la Ciudad. De otro modo la geografía exige créditos: camotes de Puebla, ahora tan de moda; ates de Morelia; cajetas de Celaya. En fin...

Retórica es todo lenguaje que se petrifica, que en vez de expresar *remeda*. Hay una retórica de Día de Muertos como la hay de discurso oficial. Una literatura de noviembre. La muerte, sí: todos la llevamos dentro, va siempre con nosotros, llega por los espejos. El mexicano, ese pueblo que se ríe de la muerte. Estamos familiarizados con la muerte, etcétera y basta. ¿Por qué no considerar las calaveras de azúcar como símbolo de una actitud más amplia? (Me olvido por ahora de su carácter primero de ofrenda ritual, alimento y homenaje a los muertos. Con años de melcocha denegriana o barriosgómica, ¿quién se acuerda de lo que significan las calaveras?) Tengo para mí que los mexicanos son (*seamos*) seres esencialmente paródicos. Nada más respetable y definitivo que la muerte, sí; pero con el mismo espíritu que hacemos, vendemos, regalamos o devoramos calaveritas, calacas sombrerudas o músicas, *Cantinflas* acaba con todo el sentido heroico del mundo, con todo el prestigio de la civilización occidental mediante un solo título de film (la película en sí ya importa mucho menos) más eficaz que todas las vanguardias: *El gendarme desconocido*. El soldado, el héroe anónimo, el símbolo del orgullo nacional cae por los suelos. Y antes, ¿no bastaba con que una película o una obra de teatro tuviera éxito para que de inmediato *Palillo*, *Tim-Tán*, *Clavillazo*, *Borolas* acometieran la parodia? Otro tanto han hecho, con las ideas de Freud, nuestros psicoanalistas metidos a exégetas literatoides de la vida mexicana. No *interpretamos*

las calaveras: basta con mirar un arte tan prodigioso que (como ningún otro) vive y se enamora de la conciencia de su fin.

Imagen involuntaria que el ojo de la cámara sorprendió en el mercado: *Lolita* sobre un osario, escoltada por muñecas que huyeron de un pastel (pobre) de quince años. No, si decididamente la carne no perdura, como me ves te verás y sólo venimos a dormir, sólo venimos a soñar.

El reverso de Ampudia son las tiendas elegantísimas donde se venden los dulces que hasta ayer fueron caseros. Aquí todo es limpio, inaccesible, caro. El *chiste* es que abastecen a esas tiendas "familias acomodadas" (léase *solteronas*) que por arte, *sport*, aburrimiento, necesidad fabrican esas extraordinarias joyas de un jardín cerrado para muchos. Allí están el bocado real, el turrón de almendras y el de yemas, los gznates de coco y piña, los condes (higo y nuez), príncipes (ciruela y nuez), daneses (dátiles y nuez), los bollitos de Saltillo, el huevito de faltriguera, las reinas de coco, leche y huevo, las aleluyas de pistache, almendra y nuez, los lacitos de membrillo, discos de chabacano, piñas, higos, duraznos, peras y fresas cristalizadas; los ates de membrillo, guayaba, piña, naranja y durazno; la fruta cubierta: naranja, calabaza, sidra, camote, limón, chilacayote, tuna y tejocote; los jamoncillos, los picones, quesitos imperiales, polvorones de naranja, huevos reales, panochitas de tamarindo, las yemitas, los muéganos de Puebla. Hay para todos los gustos. Dulces figurativos que con materiales de almendra copian cerditos y frutitas; infinitos dulces abstractos.

#### ENVÍO:

Con sus ojos poliédricos, la mosca encerrada en el aparador ve las cordilleras lunares, los fiordos, los acantilados de dulce. Finalmente se decide, elige, y reemprende el vuelo con un granito de azúcar en las patas.